Siempre es una alegría cuando una amistad se hace tan profunda que decidimos darle las "llaves de la casa" a ese amigo. Ciertamente no fui yo, un hijo emigrante y un poco nómada de Asís, quien decidió entregar idealmente las "llaves de casa" a Andrea Riccardi, reconociéndolo como ciudadano, sino los administradores de esta Ciudad, liderados por su amiga Stefania Proietti, que es con pasión la alcaldesa de Asís. Tengo una alegría no menos grande, la de acompañar de alguna manera al profesor Riccardi, mi amigo Andrea, más allá del umbral. Y esto me emociona y me honra.

Así que diré algo sobre Andrea Riccardi. Y podría incluso no decirlo, porque -como dicen- el hombre es conocido, y aquí también es bien conocido por su trayectoria y dedicación a las buenas causas que también forman parte del alma de Asís. Pero hablando de él, también diré algo sobre nosotros o al menos sobre la mejor parte de nosotros: años formidables -algunos dirían- que llevamos a nuestras espaldas y años todos por animar que tenemos ante nosotros. Y esto, además de honrarlo como merece, nos hará bien.

\*\*\*\*\*

Andrea Riccardi nació en Roma en 1950, donde se formó y donde asistió al Liceo Virgilio, el de Via Giulia. Y en 1968, unos meses antes del fatídico mayo francés, no lejos de su escuela, también famosa por su efervescencia, se reunió por primera vez con un grupo de estudiantes de secundaria en el Oratorio de la Iglesia Nueva, el santuario de San Felipe Neri en Roma. El Santo y educador del “sed buenos, si podéis”. Fueron buenos y no se mantuvieron buenos. De aquel primer encuentro, hace 51 años, nació la Comunidad que más tarde tomaría el nombre de Sant'Egidio.

Eran los años de la protesta juvenil, de un movimiento estudiantil que soñaba y pedía vivir con imaginación y audacia, y eran también los años posteriores al Concilio Vaticano II, el Concilio que había comunicado un sentido de "primavera de la fe", del que muchos grupos y movimientos católicos tomaron ejemplo. La palabra del Concilio hablaba y hablaba a los jóvenes, invitándolos a luchar contra todo egoísmo y a construir con entusiasmo un mundo mejor.

Estas son las raíces de la Comunidad, que después tendría su sede en un antiguo monasterio, en la Piazza Sant'Egidio de Trastevere, llevando ese lugar a una nueva vida y convirtiéndolo en un centro de oración, solidaridad, diálogo y paz. A lo largo de los años han pasado por allí Papas, cardenales, patriarcas, rabinos e imanes, presidentes, ministros, secretarios de Estado y líderes guerrilleros, convirtiéndose en la encrucijada de esa diplomacia paciente y creativa que le valió a la Comunidad el título de "ONU del Trastevere".

El comienzo del trabajo de Andrea Riccardi y de la Comunidad está, pues, en Roma, dirigido sobre todo al mundo sufriente de los barrios, a una humanidad obligada a vivir de expedientes, a los sin techo, a los marginados, a los niños de los barrios de chabolas, a los ancianos y a los numerosos inmigrantes, procedentes entonces del sur de Italia. Los guía el Evangelio, con su invitación a vivir de parte de los pobres y de las personas solas.

El encuentro con las periferias es un encuentro con la pobreza, con la concreción existencial de la pobreza. Y a los pobres, a todos, la Comunidad entrega, con tenacidad y concreción, un mensaje de inclusión y esperanza basado en el principio de que cada persona es un recurso fundamental.

Por supuesto, Andrea Riccardi es ante todo un historiador, un historiador de gran valor, para quien reconstruir la historia sin prejuicios y sin ideología, enseñarla y aprenderla, constituye la principal manera de "comprender" -según la gran lección de Henry-Irenée Marrou- la realidad de nuestro tiempo, sus contradicciones, pero también sus potencialidades, para no tener que sufrir o ser marginados y "descartados", como diría el Papa Francisco, con el ambicioso pero no imposible, propósito de poder construir "desde abajo" un camino de diálogo, de paz y de desarrollo sostenible, de bienestar para todos.

Un historiador de la actualidad, contemporáneo, comprometido con la Comunidad de Sant'Egidio fundada y animada por él, nunca dirigida de forma autoritaria y piramidal, "solitaria", por utilizar un adjetivo acuñado por él para la gestión del pontificado de Pío XII, para desarrollar en primer lugar una pedagogía del diálogo y de la paz. Algunos de sus libros son significativos en este sentido: “*Dios no tiene miedo. La fuerza del Evangelio en un mundo cambiante*” (San Pablo 2003); “*La Paz preventiva. Esperanzas y razones en un mundo en conflicto*” (San Pablo 2004); “*Convivir*” (Laterza 2006).

También es un gran conocedor de nuestro mundo Mediterráneo al que ha dedicado, entre otros, una serie de estudios que han dado lugar al volumen “*Mediterráneo. Cristianismo e Islam entre convivencia y conflicto*” (Guerini e Associati, 2014). En el pequeño y gran mar, escribe Riccardi, en la presencia a menudo conflictiva de diferentes países y comunidades étnicas y religiosas, sus historias se entrelazan entre sí y pueden encontrar nuevas formas para convivir en la igualdad y la libertad. *Convivir*, como el título de un buen libro de Riccardi, publicado en 2006 por Laterza, no es una utopía si, en este mundo plural nuestro nos comprometemos a conocer y componer, con realismo y esperanza, contigüidad y distancia, proximidad y mestizaje.

Desde 2014, Riccardi es presidente de la Sociedad Dante Alighieri, la histórica y prestigiosa institución que, según reza el artículo 1 de su Estatuto, tiene como objetivo "proteger y difundir la lengua y la cultura italiana en el mundo, revitalizar los lazos espirituales de los compatriotas en el extranjero con su patria y fomentar entre los extranjeros el amor y el culto a la civilización italiana".

Se trata del segundo nombramiento institucional de Andrea Riccardi: por un corto período, de hecho, del 16 de noviembre de 2011 al 27 de abril de 2013, fue llamado a ocupar el cargo de Ministro en el Departamento de Cooperación e Integración Internacional del gobierno técnico de Mario Monti, comprometiéndose, en coherencia y continuidad con las iniciativas de décadas de la Comunidad de Sant'Egidio, a promover intervenciones en favor de las familias, de los jóvenes, de la función pública, de las adopciones internacionales y sobre todo de las políticas de integración de los inmigrantes en Italia y al desarrollo de esa cooperación internacional, especialmente en la zona del Sahel, de la que hoy vemos cada vez más la importancia para intervenir en el origen del fenómeno migratorio desde África. África, el continente de los jóvenes, que en los últimos años nosotros los europeos hemos visto como un problema cada vez más grave -debido a los desembarcos- con una angustia creciente, incapaces de ir más allá de una visión de emergencia de la inmigración y de comprender cuán estrechamente entrelazados están los destinos de África y de Europa. Y hoy vemos con gran satisfacción que la Comunidad, junto con a la CEI y Caritas italiana, ha abierto desde el Cuerno de África "corredores humanitarios" para salvar las vidas de los refugiados de esas tierras.

Estas dos tareas institucionales son coherentes y casi consecuentes respecto a las actividades anteriores en y con la Comunidad de Sant'Egidio conducida por Riccardi, especialmente desde los años Ochenta, para desarrollar, además del compromiso consolidado con el desarrollo social, numerosos proyectos de desarrollo en el Sur del mundo e intervenciones innovadoras y valientes en favor de la paz y el diálogo, desempeñando un papel de mediación en diversos conflictos y contribuyendo a la consecución de la paz en algunos países, entre ellos Mozambique, Guatemala, Costa de Marfil y Guinea. El acuerdo de paz alcanzado en el martirizado Mozambique en 1992, después de veinte años de guerra civil entre Frelimo y Renamo, firmado en Roma en la sede de Sant'Egidio después de un largo y valioso trabajo de mediación, fue llevado a cabo por Andrea Riccardi y don Matteo Zuppi, hoy arzobispo de Bolonia.

Boutros Ghali, entonces Secretario General de Naciones Unidas, escribió:

"La Comunidad de Sant'Egidio ha desarrollado técnicas diferentes pero a la vez complementarias a las de los profesionales de la paz... técnicas caracterizadas por la confidencialidad y la informalidad, en armonía con el trabajo oficial de los gobiernos y de los organismos intergubernamentales (...). Sobre la base de la experiencia de Mozambique, se acuñó el término "fórmula italiana" para describir esta mezcla, única en su género, de actividades de pacificación gubernamentales y no gubernamentales”.

Los programas *Dream*, de libre acceso a la terapia para el tratamiento del SIDA en el África subsahariana, y el proyecto *Bravo* para el registro de niños invisibles en el Sur del mundo y, más recientemente, la propuesta y puesta en marcha de corredores humanitarios para los refugiados de la guerra en Siria y las zonas de conflicto en el Cuerno de África, son ejemplos de excelencia en la inculturación y la innovación en el ámbito de la cooperación internacional y el derecho internacional humanitario.

No es de extrañar entonces que la revista *Time* en 2003 lo incluyera en la lista de los treinta y seis "héroes modernos" de Europa, que se distinguieron por su valentía profesional y su compromiso humanitario.

En profunda adhesión al espíritu del Concilio Vaticano II y, en especial, a la declaración *Nostra Aetate*, y a las grandes intuiciones de Juan Pablo II, la Comunidad de Sant'Egidio está fuertemente comprometida con los temas del ecumenismo y del diálogo interreligioso. Después de 1986, Juan Pablo II, con quien Andrea Riccardi tenía una fuerte relación personal, confió la organización de los encuentros interreligiosos en el espíritu de Asís.

Y es precisamente en esta ciudad, no lejos de su amada Trevi, donde se hunden las raíces familiares de su *umbritas*, donde Andrea Riccardi se inspira, tanto para la Comunidad de Sant’Egidio que tanto ha aprendido de la lección de San Francisco, como por su compromiso como ciudadano en la construcción de la Ciudad de la paz y del encuentro.

Pero Asís también debe mucho a Andrea Riccardi que, junto con su Comunidad, quiso que el "Espíritu de Asís" se difundiera en muchas ciudades del mundo a través de los encuentros interreligiosos anuales de oración por la paz.

Para Riccardi es casi una obligación trabajar para que después de tantas guerras y conflictos en nombre de Dios, la religión y las religiones sean un factor de diálogo y de paz. Paz entre los pueblos y dentro de los pueblos. Entre religiones y dentro de las religiones.

En la "laudatio" que le dedicó en 2016 con ocasión de la entrega de un importante premio internacional en Berlín, el cardenal Walter Kasper dijo que Andrea Riccardi es una "persona que encarna lo que es el humanismo", que a su vez representa el concepto de Europa, su historia, su cultura y sus ideales.

En efecto, Andrea Riccardi ha desarrollado a lo largo de su vida un humanismo cristiano práctico, "laico y cívico" - donde laico, recuerda siempre el cardenal Kasper, es ser "un cristiano en el mundo, que vive, piensa y actúa responsablemente a partir de un sentido cívico orientado al bien común". Esta es la impronta que ha caracterizado constantemente también la actividad de la Comunidad de Sant'Egidio, una "asociación internacional pública de laicos de la Iglesia" cuyo camino ha estado marcado por tres palabras -como les dijo el Papa Francisco con una síntesis sorprendente- que en italiano son también tres "P": oración, pobres y paz.

El compromiso de la Comunidad de Sant'Egidio le ha valido a Andrea Riccardi numerosos premios, desde la Legión de Honor de la República Francesa (2002) hasta el Premio Carlomagno (2009), que se concede a personas e instituciones -basta decir que el Papa Francisco también lo recibió- que se han distinguido especialmente por promover una Europa unida y por difundir una cultura de paz y diálogo, al Premio UNESCO de la Paz "Houphuet Boigny", y, con la Comunidad de Sant'Egidio, al Premio Internacional "Balzan por la humanidad, la paz y la fraternidad entre los pueblos" (2004), que en 1963 le fue concedido al Papa Juan XXIII.

\*\*\*\*\*

Dije mucho, pero quizá no lo suficiente. Por tanto, me gustaría añadir con una doble nota, también personal y muy pertinente al tema de la ciudadanía o, mejor aún, -con una expresión que ya he utilizado aquí y que es especialmente apreciada por nuestro Presidente de la República, Sergio Mattarella- de la *conciudadanía*. Ambas están vinculadas a mi trabajo y a mis batallas culturales e informativas (no armadas) como periodista y, desde hace diez años, como director de "Avvenire".

La primera nota se condensa en dos palabras latinas *ius culturae*, que van más allá e integran los viejos caminos del *ius sanguinis* y del *ius soli*, la ciudadanía por sangre y tierra. También existe la cultura y su transmisión, de diferentes maneras, pero antes que nada en las escuelas y universidades. Y es precisamente esto, hoy, en un momento en que la condición global de la familia humana se hace definitivamente clara, el camino principal para la inclusión de los nuevos italianos en la vida de la República fundada sobre la Carta de 1948, ley fundamental que lleva la huella personalista impresa por la sabiduría de los padres fundadores, y en la vida de una sociedad que vive con un respiro cristiano y de manos ofrecidas, unidas y entrelazadas según la lógica del Evangelio. Un tesoro en dos palabras - *ius culturae* - del que Andrea Riccardi nunca ha reclamado los derechos de autor y que ha contribuido generosamente a invertir en el debate público y la planificación legislativa y que otros han dilapidado. Dos palabras muy queridas para mí y para "Avvenire", que seguimos proponiendo esta vía y tratando de trazarla al menos en las conciencias. Si las conciencias se abren camino, la ley seguirá. Y nunca será demasiado pronto.

La segunda nota personal también tiene el sonido grande y triste del nombre de una ciudad mártir: Alepo. Tengo 61 años de vida y 38 de periodismo y nunca he firmado nada más que mis artículos y el periódico del que ahora soy responsable. Nunca "manifiestos" o "llamamientos". El único llamamiento que firmé, no podía en conciencia no hacerlo, y lo hice con total convicción, es lo que Andrea Riccardi promovió precisamente para Alepo, la última gran ciudad cosmopolita de Oriente Próximo, un lugar de compleja y pacífica convivencia de diferentes grupos étnicos y prácticamente todas las denominaciones y vicisitudes religiosas de la región. Alepo fue destruida por la indiferencia de los poderosos del mundo, que la dejaron e incluso conspiraron para transformarla en una inmensa prisión, campo de batalla, cementerio de vidas rotas y humanidad traicionada. Andrea Riccardi fue capaz, con lágrimas en la garganta y argumentos muy fuertes, de hablar a las conciencias y pedirle que reabriera los ojos a la tragedia. No lo han escuchado, no lo han escuchado, pero él sabe que hay batallas que no se ganan, pero tampo se pierden nunca. Y deben continuar. Así es la batalla por la paz y la justicia

Por eso, señora Alcaldesa, distinguidos invitados, queridos amigos, como hijo de Asís, estoy muy contento por esta ciudadanía honorífica, un reconocimiento que me acerca aún más a Andrea Riccardi, que es mi amigo y a quien considero un maestro.

Concluyo. Hablar hace poco de Alepo y de las fechorías que se cometieron en Alepo me recordó una frase realmente lapidaria de Andrea Riccardi: “El asesino es siempre un estúpido”. Terriblemente, ferozmente estúpido. Desde Asís, ciudad de paz y de amor integral por la vida, gritamos con dulzura y firmeza: viva, ahora y siempre, los inteligentes. Los inteligentes que tienen alma y corazón. Como Andrea Riccardi. Viva Andrea, conciudadano nuestro, conciudadano de Francisco y Clara.